

LITERATURA Y CONFLICTO: APROXIMACIONES A LA VIOLENCIA URBANA EN MEDELLÍN DESDE LA NARRATIVA SICARESCA*

LITERATURE AND CONFLICT: APPROACHES TO URBAN VIOLENCE IN MEDELLIN FROM SICARESCA NARRATIVE

*Delio David Arango Navarro***

*Liliana Andrea Ruiz Ríos****

Recibido el 20 de agosto de 2011
Aprobado el 26 de septiembre de 2011

RESUMEN

La literatura puede considerarse, además de sus múltiples significaciones, como una recreación de la realidad en la que surge y en este sentido se constituye en fuente de información valiosa para reconocer y comprender los fenómenos sociales. La ciudad de Medellín padece el fenómeno del sicariato que se constituye en síntoma de una problemática de ciudad y de nación muy compleja y que afectó a una población joven nacida y crecida en condiciones de marginalidad. La narrativa literaria no permaneció indiferente al fenómeno y también abordó la problemática asociada con el sicariato. Esa producción lite-

* Artículo producto del proyecto de investigación titulado "LITERATURA Y CONFLICTO: UNA LECTURA DE LA VIOLENCIA URBANA EN MEDELLÍN DESDE LA NARRATIVA SICARESCA COLOMBIANA PRODUCIDA A PARTIR DE 1990". Proyecto adelantado entre septiembre de 2010 y julio de 2011 en la línea de investigación de estudios sociopolíticos del grupo GIFICUR de la Corporación Universitaria Remington, sede Medellín

** Licenciado en filosofía y letras UPB, Especialista en Literatura: producción de textos e hipertextos UPB, docente investigador de la Escuela de Ciencias Jurídicas y Políticas de la Corporación Universitaria Remington, miembro del grupo GIFICUR. delio.arango@remington.edu.co

*** Estudiante de 9º semestre de Derecho de la Corporación Universitaria Remington, auxiliar de investigación en el proyecto que dio origen a este artículo.

raria ofrece pistas para comprender el conflicto que vive Medellín y son esas pistas lo que el proyecto quiere recuperar mediante la lectura de algunas obras de esa narrativa que ha sido denominada como “literatura sicaresca”.

PALABRAS CLAVE

Conflicto, Medellín, sicariato, literatura sicaresca.

ABSTRACT

Literature can be considered, in addition to its multiple meanings, as a recreation of the reality in which it arises and in this sense represents a source of valuable information for recognizing and understanding social phenomena. The city of Medellín have the phenomenon of killings which constitutes a problematic symptom of city and nation very complex, involving a young population born and raised in marginal conditions. The literary narrative was not indifferent to the phenomenon and also addresses the problems associated with the killings. That literary production offers clues to understanding the conflict in Medellín and those tracks are what the project wants to recover by reading some works of fiction that has been called “literatura sicaresca”.

KEY WORDS

Conflict, Medellín, killings, killing's literature.

INTRODUCCIÓN

La denominada “novela picaresca” aparece en España en el siglo XVI en un momento de transición entre el Renacimiento y el Barroco, pero además en un momento crítico para la nación española sumida en una situación de pobreza generalizada después de siglos de guerra intestina contra los invasores moros. En ese contexto de miseria y atraso surge la figura del “pícaro”, el habitante de la calle que sobrevive mediante la astucia y la violencia pero que, paradójicamente, establece un nexo de empatía con el lector que comprende la inevitable aparición de ese personaje marginal en una sociedad que no ofrece otra alternativa de supervivencia. A raíz del auge que toma la práctica del sicariato particularmente en Medellín, auge asociado, claro está, con el narcotráfico; pero también con la ausencia del Estado y con las situaciones de abandono y falta de oportunidades, brota en la narrativa literaria una preocupación por esos personajes macabros que sobreviven en un ambiente mortal mediante el negocio de la muerte. Aquí el asesinato es asunto de dinero, es el camino para salir de la miseria, para acceder a los bienes comerciales, para obtener productos que traen aparejados el reconocimiento social y la sensación de pertenencia, de visibilidad social. Tal como el pícaro barroco, el sicario de la literatura objeto de este estudio despierta la conmiseración del lector pues suele ser un niño asesino, mezcla contradictoria en el imaginario occidental, un personaje atormentado, violentado, un “cero” que guarda entre sus ropas la muerte para el ciudadano de turno. Estos jóvenes asesinos son un hecho real, se imponen a la conciencia del ciudadano que no puede cerrar sus ojos a esa presencia que parece ir en contravía de todos los valores culturales, Margarita Jácome dirá de ellos que:

Los jóvenes sicarios pasaron de una contracultura juvenil inconforme con su exclusión por parte de la sociedad y el Estado, a una subcultura cuyos miembros comparten las tendencias religiosas, lingüísticas y consumistas de los narcotraficantes, conformando un híbrido de creencias, prácticas y estilos de vida que oscilan entre la cultura rural y la urbana, entre lo viejo y lo moderno. (Jácome 2006, p. 25)

La novela urbana que se produce a partir de 1990 y que se ha dado en clasificar como sicaresca (“p(s)icaresca”) se ocupará de este

fenómeno y se acercará a la realidad conflictiva de la ciudad para recrear una situación que compromete el proyecto de ciudadanía y de país. Es decir, lo que se pone en juego en esta narrativa va más allá de la anécdota escabrosa para penetrar en la patología social y así es posible, a través del relato, acercarse al conflicto que ha vivido la ciudad tal como ha sido narrado en las obras literarias que tratan la temática del sicariato en Medellín especialmente en las últimas dos décadas. Vale la pena aclarar que la literatura, como todos los demás espacios de la realidad colombiana, también se ha visto permeada por el influjo de la delincuencia y así el panorama literario se enrarece con la aparición de textos escritos que provienen de los criminales y, como lo señala Faciolince:

Los asesinos que han escrito la historia de Colombia con tinta de sangre y pluma de plomo, ahora pretenden contarla también a su manera, y con todas sus verdades a medias o sus mentiras enteras, en letras de molde y en papel de imprenta. La historia de Colombia, al menos la que la mayoría de la gente lee, la están escribiendo los bandidos. ¿En qué se han convertido los semáforos de Colombia? En un basurero editorial. A veces en ediciones piratas, a veces respaldadas con el pie de imprenta de editoriales supuestamente serias, firmadas por periodistas de pacotilla o por tinterillos a sueldo, los hampones están dedicados a contar sus fechorías disfrazándolas de hazañas. (2008, p. 516)

Contrario a lo anterior, las obras que se citarán aquí serán aquellas producidas por escritores reconocidos y por trabajadores de la cultura e investigadores de las problemáticas de ciudad y no los testimonios de los criminales que tanto protagonismo mediático han logrado tener.

El presente trabajo pretende seguir algunas pistas que permitan entender mejor el conflicto que vive la ciudad de Medellín, pistas rastreadas a partir de la lectura de algunas obras literarias que pertenecen al género denominado “literatura sicaresca” y que se producen a partir de 1990, de paso se ofrecen unas reflexiones en torno a la imagen de ciudad que se percibe del relato literario. Así, en primer lugar se hará una aproximación al tema del conflicto, luego se hará un rastreo de la manera como el conflicto es entendido y expresado en algunas obras representativas de la literatura sicaresca para llegar a conclusiones en torno a la necesidad de una idea de ciudada-

nía distinta a la mera ostentación y ejercicio de unos derechos políticos y personales.

1. A PROPÓSITO DEL CONFLICTO ARMADO EN MEDELLÍN

Hablar del conflicto armado en Medellín parece una inutilidad. Las palabras provenientes de todas las esferas parecen haber agotado el tema y se tiene la sensación de que es más urgente hablar de lo otro, pero no es posible el desarrollo de este trabajo sin tener claro eso que se anuncia como conflicto en relación con la literatura pues ella es la fuente de donde se tratará de extraer una caracterización de ese conflicto.

Para empezar es necesario decir que el conflicto armado que vive la ciudad de Medellín ha sido entendido, casi siempre, como una extensión del conflicto armado nacional, es decir que lo que ocurre en la ciudad es una versión micro del enfrentamiento tradicional entre grupos armados ilegales (guerrilla, paramilitares, delincuencia común y fuerza pública) pero estas interpretaciones son insuficientes pues la literatura, como se verá más adelante, da cuenta de fenómenos sociales generadores de conflicto que son propios de la dinámicas urbanas y que no se enmarcan dentro de esa interpretación del conflicto. Los estudios clásicos del conflicto ofrecen una visión parcial del problema:

En efecto, creemos que la mayoría de ellos [de los estudios] carece de una concepción de «lo político» que es necesario replantear al menos en relación con dos aspectos: primero, que se trata de una concepción muy estatal de lo político negando otras formas de espacialización y presencia del poder, y segundo, que se trata de una concepción demasiado racional/ instrumental de la política (y del poder) que deja al margen aspectos bastante subjetivos presentes en la vida social (en este caso barrial), que intervienen significativamente en la dinámica misma de los conflictos, incluidos los conflictos políticos. (Blair, Grisales Hernández & Muñoz Guzmán, 2009, p.32)

De acuerdo con Norbert Elias, citado por Guerra & Plata (2005, p.p.81-82), una sociedad debe cumplir cuatro funciones básicas: la provisión del sustento; la provisión de la seguridad contra la agresión en el interior del grupo o ente grupos; la provisión de conocimiento y

la provisión de mecanismos de autorregulación. De acuerdo con estos mismos autores, los análisis sociológicos muestran cómo en América Latina se da un proceso de modernización ajeno a la creación de una mentalidad moderna, es decir, en el plano de la industrialización, de la urbanización, de la tecnología y de la estructura administrativa se evidencia un afán de modernización en función de la provisión del sustento sin garantizar la apropiación del conocimiento y las demás funciones señaladas arriba son relegadas y así:

La función de proveer la seguridad y mecanismos de autorregulación (construcción de ciudadanía) se relegó, en cierta medida, a los avatares del mercado, a las prácticas clientelistas en política, a las dinámicas emergentes en el proceso de construcción de las regiones y de articulación a un proyecto de nación contradictorio. Las aspiraciones de la modernidad -como proceso civilizatorio- no se materializaron ni en nuestra cultura ni en nuestras instituciones. Los acontecimientos vividos por la humanidad en el siglo XX, el siglo más corto de la historia (Hobsbawn, 1995), marcado por múltiples guerras y conflictos, nos permiten afirmar que tales aspiraciones no se han concretado en forma cabal en alguna parte. La emergencia del mundo moderno, ha significado a la vez, la presencia tanto de la razón substantiva como de la razón instrumental. (2005, p.82)

Para efectos de este artículo parece más pertinente, siguiendo los análisis del equipo de investigadoras liderado por Elsa Blair, hablar de “conflictividades urbanas” pues este concepto amplía el espectro de fenómenos asociados al conflicto y permite incluir situaciones reales y cotidianas que los análisis más tradicionales soslayan o simplemente ignoran.

El conflicto se vive en los barrios, en las calles, en los espacios cotidianamente habitados, barrios con historias de marginalidad, de abandono, barrios surgidos por procesos de desplazamiento e invasión. Barrios en los que antes de la aparición de los actores armados tradicionales ya se presentaban situaciones críticas asociadas a la violencia familiar, intra e inter familiar, a los delitos comunes por razones pasionales, por consumo de drogas, a la venganza, a la necesidad de autodefensa, a las alianzas y discordias entre vecinos y entre barrios. En fin, un amplio número de fenómenos típicamente sociales que progresivamente se ven potenciados y aumentados en el momento en que esos problemas se articulan con las nuevas di-

námicas de la violencia aportadas por los grupos armados con claro tinte político y con evidente propósito económico. A esto súmese el fenómeno del narcotráfico con todo su poder corruptor y el proceso por el que la ciudad se convierte en un botín perseguido por todos los grupos con fines dispares pero en el fondo, un botín que ofrece poder, riqueza y control. Lo cierto del caso es que la violencia vivida en el barrio presenta características muy subjetivas que escapan a lo propio del “conflicto nacional”.

Las relaciones de estos grupos y actores armados con los pobladores, este «tejido social» que apoya, legitima y contribuye a alimentar los conflictos es muy importante en los contextos barriales y, sin embargo, han sido escasamente introducidos en los análisis. Esta es una de las formas de articulación más claras entre las dinámicas barriales y los conflictos armados y no las definen los «actores de la guerra» sino las relaciones que se establecen entre los pobladores, pues en la mayoría de los casos son los muchachos del barrio: hijos, hermanos o familiares de alguien. (Blair, Grisales Hernández & Muñoz Guzmán, 2009, p. 44)

A la luz de esta forma de entender el conflicto urbano, las relaciones entre los actores armados y los habitantes de los barrios va más allá de la incursión armada, del combate ocasional; se entiende, por ejemplo, el hecho de que estos personajes macabros que recorren las calles son legitimados por la misma población en tanto ellos mismos son habitantes tradicionales del sector, o por el hecho de que son los únicos capaces de ofrecer seguridad y protección o por su intervención en la vida cotidiana en la que terminan suplantando a las instituciones legalmente establecidas convirtiéndose entoces en actores sociales:

La «labor social» –en tanto eran ellos los encargados de «solucionar» todo tipo de conflictos barriales– fue característica de todos los grupos y estaba asociada a la preferencia de la población a acudir a estos grupos al margen de la ley, debido a la negativa o ausencia del Estado, su débil fuerza pública en estos territorios y sin duda también a la tradicional falta de credibilidad institucional en estos barrios. Estos grupos lograron apropiarse de las labores sociales e incluso de las Juntas de Acción Comunal (JAC), y desde ahí desplegaron su proyecto social; también lograron vincularse y manipular a los grupos juveniles como estrategia para cooptar jóvenes. (Ibíd., p. 47)

Asimismo, en el tema de las motivaciones que llevan a los jóvenes a incorporarse a esas fuerzas violentas, suele ser común acudir al arquetipo del “no futuro” para explicar la situación. Pero las razones para ser violento son múltiples y están relacionadas además con las circunstancias particulares de cada barrio como lo señalan las autoras citadas:

Las motivaciones para ingresar a uno u otro bando eran diversas. Las relaciones que se establecieron entre los pobladores y los grupos armados en este tipo de «guerras» urbanas no obedecen tanto a la adhesión a ciertas ideologías políticas. Hemos podido registrar que incluso en una misma familia, los hijos, debido a las dinámicas propias de la guerra urbana, pasan de un bando a otro. Algunos lo hicieron por necesidad, otros obligados, otros por cobrar venganza, por rabia, etc. La poca oferta social que existía en estos barrios también facilitó la vinculación de los jóvenes a los distintos grupos armados. Muchos grupos llegaron ofreciendo sueldos, mercados y otras opciones económicas con las que muchos jóvenes no contaban. La «guerra» se convirtió para ellos en una típica estrategia de sobrevivencia. Muchos de los hechos de violencia registrados obedecen a diversas motivaciones «emocionales», como la venganza por la muerte de un familiar o un amigo. Los «guerreros» de estos barrios eran niños, quienes se vinculaban a estos grupos desde los 12 años en adelante, por ansias de poder, porque eran obligados o como parte de esa cadena de retaliaciones muchas veces personales. (p. 47)

Los textos literarios que se abordarán más adelante dan cuenta de estas circunstancias particularmente barriales en las que se evidencia el conflicto. Ya sea a través de los testimonios directos (como lo hace Salazar) o a través de la ficción narrativa propiamente dicha, las obras permitirán constatar el hecho de que lo que ocurre en los barrios no puede entenderse simplemente como manifestaciones de la “guerra” que padece Colombia sino que cada historia tiene sus particularidades, que quienes están en juego no son “estadísticas” sino personas, que a este fenómeno no se escapa ningún grupo social, que sus protagonistas no son exclusivamente jóvenes marginales, mafiosos, ideólogos de izquierda, paramilitares cohesionados con el Estado sino que todos somos actores y víctimas de un conflicto que parece haberse convertido en una forma de vida, en una adicción, como lo dice Bateson citado por Guerra & Plata:

Adicción también al conflicto, a ciertas maneras de hacer política y ejercer la democracia. Adicción a una forma tropelera (sic) del ejercicio de la política, en contraste con otras posibilidades, como los retos de construir mecanismos y espacios para la democracia participativa. Hay necesidad de recuperar la autonomía del sujeto individual y colectivo, reivindicar la participación y el derecho a construir nuestro propio porvenir. (2005, p. 89)

2. APROXIMACIÓN LITERARIA AL CONFLICTO EN MEDELLÍN DESDE LA “LITERATURA SICARESCA”

Así como es necesario definir el concepto de conflicto, es importante hacer alguna acotación a lo que entenderemos aquí por literatura sicaresca. El término se usa para referirse a un grupo de obras que abordan la temática de la criminalidad asociada al fenómeno del narcotráfico pero siendo el sicario (asesino a sueldo) el protagonista de la obra. Si bien las obras seleccionadas para este trabajo tienen al sicario como personaje, principal o no, los textos se interesan además por ese mundo del crimen, por las problemáticas de las comunidades en las que se desarrollan las obras, exploran las múltiples motivaciones que llevan al crimen, indagan por los efectos corruptores del delito en todas las esferas sociales, desenmascaran los intereses ocultos tras las industrias del narcotráfico y de la guerra, se acercan a la condición humana de esos personajes e intentan una mirada más profunda sobre los conflictos urbanos asociados a la delincuencia. Es decir, las obras superan el cliché del “niño asesino” tan difundido en el imaginario creado por los medios y más bien abordan honestamente una situación social que tiene por marco geográfico a Medellín pero que involucra a un país entero y a su proyecto de nación. Dentro del género sicaresco se suelen incluir múltiples textos que van de la crónica al guión cinematográfico pasando por la novela, el cuento, la obra dramática y la “literatura testimonial”.

Para efectos de este trabajo se seleccionaron obras de narrativa literaria, preferentemente novelas, pero se incluyeron dos crónicas fundamentales en la historia del género: “*No nacimos pa’semilla*” de Alonso Salazar, obra de 1990 y que fue fruto de las investigaciones del autor en algunos barrios de Medellín, un texto inaugural para una preocupación que luego se extendió a los escritores de profesión;

también se incluyó *“El pelaito que no duró nada”* de Víctor Gaviria quien con su filme *“Rodrigo D no futuro”* abre el camino cinematográfico para los interesados en el tema. La obra de Gaviria es significativa por el impacto que tuvo en la sociedad antioqueña pues, como ocurre con la de Salazar, le da la palabra al victimario y por ellos dos era posible acercarse de otra manera a un fenómeno que ya había estigmatizado a toda la sociedad antioqueña y especialmente a Medellín, ciudad que aparece como marco geográfico de esta problemática.

2.1 LOS TEXTOS INAUGURALES

La década de los 90 será determinante en la aparición de la literatura sicarésca y esto porque verá nacer una serie de textos y de preocupaciones por la temática del joven criminal que está protagonizando la vida nacional. Esos jóvenes llaman la atención de muchos expertos y profanos y se desarrollan toda clase de acciones para intentar comprender su mentalidad, sus razones, sus formas de configurar el mundo. En *“Noticia de un secuestro”*, García Márquez hace una descripción magistral del sicario que vale la pena mostrar:

La condición común era el fatalismo absoluto. Sabían que iban a morir jóvenes, lo aceptaban, y sólo les importaba vivir el momento. Las disculpas que se daban a sí mismos por su oficio abominable era ayudar a su familia, comprar buena ropa, tener motocicletas, y velar por la felicidad de la madre, que adoraban por encima de todo y por la cual estaban dispuestos a morir. Vivían aferrados al mismo Divino Niño y la misma María Auxiliadora de sus secuestrados. Les rezaban a diario para implorar su protección y su misericordia, con una devoción pervertida, pues les ofrecían mandas y sacrificios para que los ayudaran en el éxito de sus crímenes. Después de su devoción por los santos, tenían la del Rovignol, un tranquilizante que les permitía cometer en la vida real las proezas del cine. «Mezclado con una cerveza uno entra en onda enseguida -explicaba un guardián-. Entonces le prestan a uno un buen fierro y se roba un carro para pasear. El gusto es la cara de terror con que le entregan a uno las llaves.» Todo lo demás lo odiaban: los políticos, el gobierno, el Estado, la justicia, la policía, la sociedad entera. La vida, decían, era una mierda. (1996, p. 55)

“No nacimos pa’semilla” inaugura una narrativa en torno a un fenómeno asociado al narcotráfico y que aparece, si no por primera

vez, sí de manera significativa en Medellín: el sicariato, es decir, el surgimiento de grupos de jóvenes dedicados al asesinato por encargo. El libro de Salazar recoge testimonios de primera mano y por decisión del autor conserva el estilo en la expresión de los protagonistas. La importancia de la obra es indiscutible tal como lo señala Torres:

Dentro del género del testimonio escrito, resulta de especial relevancia la obra *No nacimos pa' semilla* (1990), de Alonso Salazar, que cumple una función de compromiso social unida a una estética particular, pues recoge experiencias de la vida en las comunas de Medellín en las que el habla popular de los sicarios, el parlache, se erige en protagonista, relegando la voz del entrevistador a un segundo plano, y que será un referente para las novelas sicarescas que ven la luz en los noventa. (2009, Introducción, párrafo 3)

El texto desarrolla diversos intereses. Por una parte ofrece relatos directos sin exquisites literarias pero honestos y apasionantes. Por otra, el autor hace aproximaciones históricas y sociales a las problemáticas de violencia en la ciudad y en ese sentido ofrece algunos elementos de análisis para entender la génesis y el desarrollo del sicariato.

El texto de Salazar es producto de investigaciones adelantadas por el autor entre los años 1989 y 1990 con el apoyo del CINEP y, posteriormente, de la Corporación Región. Lo que la obra ofrece es un documento testimonial en el que el autor pone en boca de los personajes su historia de violencia y marginalidad. Los testimonios son reales y fueron obtenidos mediante la técnica de entrevistas. El autor incluye un capítulo final con sus reflexiones y recomendaciones a propósito de la situación de conflicto.

El texto entonces está escrito en primera persona, este recurso introduce un ambiente intimista en la obra pues el lector se convierte en el confidente del personaje además de que genera un vínculo afectivo entre lector y personaje quien, al contar su experiencia de vida toca afectivamente a quien lo lee. Los testimonios provienen de un personaje llamado 'Toño' quien en el capítulo I titulado "Somos los reyes del mundo" cuenta su vida como joven de barriada proveniente de una familia disfuncional, desplazada por la violencia política y que viene a Medellín a vivir en un barrio periférico en un ambiente de pocas oportunidades. Lanzado al "rebusque" en un ambiente hos-

til termina dedicado a la delincuencia y vinculado a una de las tantas bandas delincuenciales que se disputaban el territorio barrial.

Las causas de esa situación aparecen asociadas con la necesidad de defenderse: “Uno se pone violento porque hay mucho man que quiere cascarlo y monopolizarlo, porque es pelado, pero uno no puede ser bobo, tiene que sacar las alas.” (Salazar, 1991, p.25); con la obligación de conseguir dinero para la subsistencia: “Entonces me tocó tirarme al rebusque para ayudarle a mi mamá y a mis hermanitos, por eso me metí a la delincuencia...” (p 25-26); con el ansia de poder y control: “Me tocó encenderme con él y demostrarle quién mandaba...Aquí yo doy las órdenes, digo qué se hace y qué no se hace...” (p. 27), con la limpieza del territorio: “Cuando hay chuchas en el barrio yo mismo les quiebro las patas, les tiro a las rodillas y les digo que no vuelvan” (p. 30), con la ausencia o corrupción de las instituciones estatales: “Algunas veces hemos comprado granadas a través de un oficial retirado”, “La mayoría son robadas (las motos) y se les consiguen los papeles por veinte mil pesos en el tránsito” (p. 28 y 29); con las venganzas personales: “Las guerras han sido tesas, se han matado familias enteras por venganzas.”(p. 49).

Esa es la voz del victimario que se va configurando también en víctima de unas circunstancias adversas. Esas circunstancias son ilustradas por los testimonios de la madre del sicario (p. 34-46) quien cuenta una historia de desplazamiento forzado, de violencia intrafamiliar agravada por el alcohol, el desempleo, el machismo y la incapacidad de los miembros del grupo de solucionar los conflictos dentro del hogar y con los vecinos. También se escucha la voz de Don Rafael, un vecino del barrio, tendero que cuenta su historia (nuevamente el desplazamiento hacia la ciudad por la violencia política) y su establecimiento en el barrio. Él decide organizar un grupo de autodefensa para enfrentar a las bandas de criminales comunes conformadas por muchachos del mismo barrio y que se habían dedicado a sembrar el miedo, a robar a abusar de los vecinos:

Quando volví al barrio, en el 88, lo que me encontré fue el problema de las bandas. Muchachitos que uno había conocido de pequeños convertidos en unos atracadores y asesinos tremendos. (p. 75)

Ángel, vecino del barrio entrenado en los “Campamentos de paz” que los grupos insurgentes, como el M-19, conformaron en los barrios

populares para dar instrucción política y militar a los jóvenes, cuenta de los efectos nocivos que tuvo esa experiencia en la ciudad. Amparados en los diálogos de paz con el gobierno de turno los grupos de izquierda entrenaron militarmente a milicianos que luego, cerrados los campamentos por la ruptura de las negociaciones con el Estado, conformaron sus propias bandas delincuenciales o de autodefensa. Grupos que se dedicaban al crimen, a veces obrando a nombre del EPL o del M-19. El joven en su testimonio deja claro cómo en la problemática urbana confluyen distintas fuerzas y variados intereses que se hacen patentes en el conflicto: milicianos, bandas delincuenciales, narcotráfico, células de la guerrilla, autodefensas. Todos intentando controlar un territorio, todos, en mayor o menor medida, queriendo lucrarse de la gente mediante el delito.

Paralelamente con el relato de Salazar, Víctor Gaviria (1991) escribe “El pelaíto que no duró nada” que en palabras del cineasta :

...fue escrito en un principio para guión. Es el relato del que saldrá, si Dios quiere, la próxima película. Pero, luego encontré que era, además, una novela: las peripecias de un muchacho que buscaba el poder como un loquito por las calles de la comuna nororiental, encontrando a veces tesoros y regalos que le encandelillaban la vista, y lo hacían reír de gozo instantáneo..... Vivía en un mundo donde no había nada, pero donde todo se le aparecía de golpe, con el simple gesto de poner de QUIETO a alguien. Vivía rodeado de ‘traídos’ y ‘desaparecidos’. Buscando el poder por estos medios mágicos, porque estaba, como todos estos muchachos, afuera del mundo. Era un NN en vida, un hombre invisible y vivo.

Este relato en algo es mío, pero sobre todo es de Wilfer, su hermano mayor, que lo quiso y lo conoció como nadie, sin juzgarlo, con compasión. Este relato es, como Rodrigo D., también el encuentro de dos ciudades. (1991, p. 35)

Esta narración abordará básicamente las temáticas de Salazar pero el punto de vista narrativo cambia pues se utiliza el narrador testigo, en este caso el hermano del protagonista va contando las peripecias de su hermano menor, adolescente o preadolescente entregado de lleno a la violencia. El relato de Gaviria, mediante ese recurso narrativo logra una relación entre el lector y el personaje pues el lector es aquí confidente de una historia personal en la que se

le revelan lentamente las circunstancias familiares y sociales en las que se gesta el joven sicario:

Usted no me lo cree, pero Jefry, Fáber, Hamilton y yo, afuera en el callejón de Jefry, cuando no había comida, salíamos con un 38 largo. A la una de la mañana, todos los días, nos parchábamos allí a fumar mariguana y a esperar que pasara un cliente. Pasa un cliente, y tin. Jefry me decía: “ahí viene la comida”, y lo cogíamos: “¡quieto, gonorra!” . Dos mil o tres mil pesitos. Pasaba el otro, y tin: “¡quieto, marica, hijueputa!”. Y ahí mismo lo cogíamos. (p. 15).

Nótese pues el tono coloquial e íntimo con el que el personaje narra una situación truculenta: consumo de drogas, atracos, violencia. Pero tal vez por un deseo mórbido de penetrar en ese mundo tan cercano a los barrios y a la vez tan lejano y peligroso, el lector se embarca en la lectura ávido de saber y comprender una realidad que lo golpea cotidianamente. A medida que la narración transcurre, el lector, llevado por el narrador, va constatando que los personajes no parecen tener otra alternativa distinta a la violencia. Estos jóvenes se ven arrastrados por imprudencia y desorientación a una vida de crimen pues una acción y otra los llevan a un “punto de no retorno”. Los atracos iniciales se vuelven asaltos en gran escala, las rencillas pasan a ser homicidios y de la embriaguez con el alcohol se pasa rápidamente al consumo de drogas fuertes. Así los personajes inician un proceso inexorable de descomposición, son cada vez más sórdidos, más violentos, más agresivos y también más solitarios, más desamparados, más incomprendidos:

Porque uno comienza a robar a personas primero, a coger quietos, personas que van caminando por ahí por las calle....y va cogiendo confianza en las calles, se va parchando en los empastres, y ya a lo último le van resultando negocios grandes....pero ese pelaíto entró fue de lleno, entró fue retacando.

Pero eso fue mucho después.....a los quince años Fáber ya robaba graneros, robaba motos, tenía ya hasta un cascado...imagínesse que tenía un cascado, un chulo encima, él, de catorce años.....¿quién era? Un man de “Probien”, de por allá más abajo. El cascado era culebra de “Aplomo”, y como Fáber era amistad de él, entonces lo cascó dizque por probarle finura. (p. 40).

La narración que logra Gaviria permite no solo el relato truculento y descarnado sino que además ofrece momentos de reflexión en los que los personajes, lejos de la emoción del crimen y de la embriaguez o el embotamiento de las drogas, comprenden de improviso las dimensiones de sus actos y la inevitable desdicha que sus acciones acarrearán. Viven del crimen, comercian con la muerte y la muerte se torna “compañera permanente”:

El pelaíto ya estaba bien, ya estaba sanando. Pero la familia del Pony seguía muy ofendida. Me estaban buscando era a mí ya.

Cuando “Trapia” mató al “Pony”, ahí aseguró su sentencia. La cucha más de una vez dice, por ahí pensando: “ah, el hijo mío se fue también porque las debía...”. ella también se llena de consuelo... así es, y así tiene que ser la vida... el que las debe las paga... cuando mató a “Pony”, los días contados para él... ¿y sabe qué?: ¡la muerte detrás de él, mijo! Donde fuera, con él...(p. 97).

Así que estos personajes adquieren conciencia de su situación y su relación con la muerte se vuelve cada vez más íntima, al punto de que la muerte se convierte en un tema cotidiano con el que se puede incluso bromear:

...¡entonces fuimos a Campos de Paz a enterrarlo y mi hermanito se tira casi en el mismo punto, ahí en el mismo punto donde lo enterraron a él!...”yo voy a ser el próximo”. Y mi mamá escandalizada, “paráte, paráte, que no charlés así” que yo no se qué... y yo cagado de la risa, lo pare a pata... (p. 120)

Pero la muerte, por más cercana que sea no deja de ser terrible, su presencia inunda a los personajes y los sume en la tristeza y la melancolía, es una compañera fiel pero terrible:

Y esa semana mi hermanito huyendo, ya todos tristes, como que la ciudad estaba apagada para nosotros dos. Como que la ciudad no existía, desilusionados, como cuando uno hace un trabajo y termina cansado y se va a dormir... así era el pelado, yo lo pillaba. (p. 125).

Aparece entonces la ciudad, hasta este momento solo era un referente espacial bastante vago por cierto, la ciudad no pasaba de ser un lugar hostil, una selva en la que es necesario sobrevivir, un espacio rígidamente territorializado: sectores de los ricos (las víctimas predilectas) exclusivos y excluyentes, sectores de los pobres, igualmente excluyentes (el barrio, la esquina, el callejón, la cancha). Allí donde

la vida se vive brutalmente. Pero también surge el afecto filial y la ciudad, como por el arte de magia, una vez apagado el estruendo de los disparos, se queda vacía de sentido, se calla, se oscurece. Falta lo único parecido al amor para el narrador y las palabras, antes tan fluidas y fuertes, sobran pues no logran expresar el sentido de la muerte del ser querido:

Murió mi hermanito y murió todo para mí..., en esos tiempos...para mi mamá también. Nos estábamos muriendo poco a poco todos los familiares, güevón! La vida seguía más rara que un hijueputa para nosotros. Mi mamá se volvió inválida ocho meses, de los nervios, de pensar en él... (p.135).

2.2 LAS SECUELAS DEL CONFLICTO

Una vez pasado el primer grupo de relatos testimoniales, protagonizados por “actores naturales” si se puede decir así, la literatura empieza a preocuparse por otros aspectos de la narración asociada a este mundo y los escritores de profesión iniciarán una reflexión no tanto acerca de las causas del conflicto sino más bien en torno a la subjetividad que se gesta en ese conflicto. Las narraciones se focalizan en los individuos y se tornan más intimistas, más personales, más individuales. Ya no tenemos el panorama del barrio sino de los sujetos salidos de allí que, incluso habitan otros espacios distintos a la “comuna” como sucede en “Rosario tijeras” de Jorge Franco y en “La virgen de los sicarios” de Fernando Vallejo. Estas dos novelas básicas en el género hacen parte de una generación de relatos más maduros y de mayor calidad narrativa.

En cuanto a “Rosario tijeras”, esta novela de Jorge Franco que data de 1999, la temática sufre una transformación evidente pues, a juicio de algunos, el relato se preocupa más por el drama que se gesta a propósito de los afectos entre los personajes que por el tema de la violencia y el sicariato propiamente dichos:

Se argumenta que en aspectos de género, de lenguaje, de moldes socioeconómicos y de religión no se produce una auténtica ruptura de las expectativas, y que esto radica en que, tanto en la obra literaria como en el filme, no se ha pretendido un acercamiento al mundo de los sicarios desde dentro, sino proporcionar un relato sentimental más ajustado a la convención y más asumible por el

gran público, que solo usa la violencia del narcotráfico en Medellín como trasfondo. (Torres, 2009, Resumen.)

Sea como sea, la novela contiene los elementos del género y hace parte de esta narrativa con las peculiaridades introducidas por el autor, peculiaridades que más adelante se tratarán. En cuanto a los elementos propios del género, la novela presenta la vida de una mujer nacida en las comunas de Medellín, víctima de abandono y violencia intrafamiliar, abusada sexualmente desde la más tierna infancia. Todas estas circunstancias, clásicas en el género, la llevan a dedicarse al crimen. La narración rompe con la línea temporal pues se inicia en el momento en que la protagonista es llevada a una clínica herida de muerte y allí, en la sala de espera, el narrador testigo, enamorado de ella sin ser correspondido, iniciará la narración de la vida de Rosario (la protagonista) sin seguir un orden cronológico rígido pero con una gran fuerza expresiva. Además de las problemáticas sociales asociadas al sicariato, ya abordadas en los textos anteriores, “Rosario tijeras” aborda el componente religioso de este fenómeno. Hace evidente esa “devoción pervertida” en la que las figuras sagradas cumplen la función de proteger y patrocinar a los criminales. (Entre otras cosas no sabría uno decir qué tan “pervertida” es esa práctica si se considera que los creyentes de toda época y condición se han asesinado mutuamente y se han encomendado a las mismas potencias y han pedido la muerte de sus enemigos a las mismas divinidades).

Pero en fin, en sociedades tradicionales puede resultar aberrante que una figura religiosa sea la protectora de un asesino que le suplica puntería para matar, agilidad para escapar, invulnerabilidad para no ser herido por las balas enemigas. Así en el relato se ve a los asesinos hirviendo las balas en agua bendita, rezando sus armas, visitando santuarios, haciendo promesas a figuras religiosas (mandas), asistiendo a rituales cristianos y cubriendo puntos estratégicos de su cuerpo (pecho, muñeca y tobillo) con imágenes de una divinidad asociada a la maternidad (María Auxiliadora). En sus billeteras están las estampas de El Divino Niño, de María Auxiliadora, de San Judas Tadeo, figuras a las que tienen una devoción más allá de toda razón.... Pero no resulta extraña esta “perversión” de la tradición religiosa si consideramos que la religión ha sido utilizada como arma para descalificar, marginar, asesinar, engañar, dominar, etc. Los si-

carios solo retoman una tradición y la adaptan a sus necesidades particulares.

La novela de Franco presenta además una peculiaridad que salta a la vista con el solo título: el protagonismo de una mujer. Rosario invierte los valores patriarcales y es ella, la mujer, la que impone el ritmo y las condiciones a sus amigos y allegados. Esta mujer desprecia a los hombres, consecuencia de los abusos de que ha sido víctima, su afecto es solo para su hermano y para su amigo (una especie de novio) pero los demás varones son solo potenciales víctimas o, a lo sumo, instrumentos para lograr objetivos personales. Torres describe esta situación prolijamente:

En *Rosario Tijeras* se rompen, aparentemente, los moldes de género. Rosario, una sicaria, encarna muchos roles tradicionalmente masculinos (se habla, por ejemplo, de “las güevas de Rosario”, p. 42), lo que comporta la feminización de los dos chicos, Emilio y Antonio -sobre todo este último, que desempeña un papel celestinesco-, a los que ella trata de “maricas”. Es lo que sucede después de que Rosario, en la discoteca, mata a “Pato” por acusarla de ser “una regalada” y los chicos lo vivan con desespero (“lloramos del susto y del asombro”, p. 37): “-¡Estoy hecha!-nos dijo ella-. Andando con semejante par de maricas” (p. 37). Más adelante, llena de rabia, le espeta a Antonio, en una discusión al regreso de una de sus misteriosas ausencias: “-¿Para qué son los amigos, maricón?! ¿Para qué?” (p. 45). En otro momento le dice que a ella le atraen los tipos duros, no los acaramelados: “A mí no me gusta que me hablen contemplado, si los hombres supieran lo maricas que se ven cuando se ponen de romanticos, por eso es que me gusta Emilio, porque es seco como un carbón” (p. 61); Antonio tiene que guardarse todas las palabras de amor dichas en tono “marica y romaticón” que imagina para Rosario y permanecer a su lado como confidente silencioso. Los muchachos se asustan cuando Rosario los quiere hacer partícipes del culto satánico, ante lo que ella reacciona nuevamente rebajando su masculinidad: “-Par de maricas -nos dijo Rosario-. Definitivamente estoy hecha con este par de güevones” (p. 68). O cuando, los tres en el coche, Emilio le reclama a Rosario -la que conduce- que no vaya tan rápido porque está muy nervioso, ella le grita: “-¡Conque estás muy nervioso, maricón!” (p. 94). (2009, Patrones de género, párrafo 1).

A pesar de esta trasgresión, la novela pertenece al género: la problemática, los temas, el espacio geográfico, la época, el lenguaje. Todo pertenece a la sicaresca y al final, las reflexiones resultan inevitables, la sensación de vacío, la angustia, el sinsentido de una vida vivida para la muerte, de una juventud desperdiciada, de un cuerpo joven y bello ultrajado y desnaturalizado pues ese cuerpo que existe para el amor, el placer, la maternidad fue usado para la muerte y la destrucción.

En la oscuridad de los pasillos siento la angustiosa soledad de Rosario en este mundo, sin una identidad que la respalde, tan distinta a nosotros que podemos escarbar nuestro pasado hasta en el último rincón del mundo, con apellidos que producen muecas de aceptación y hasta de perdón por nuestros crímenes (Franco, 1999:12-13).

Pero estas reflexiones intimistas llevan a constataciones de más largo alcance pues Rosario no es solo el fruto de una familia mal avenida, o de un barrio marginal o de una ciudad violenta, Franco va más allá y afirmará que estos jóvenes criminales son el fruto de una raza entera, el “ideal” antioqueño de empuje y trabajo se ve trocado por el de un pueblo ambicioso, idólatra y desmedido con el ansia de riqueza y dominación (reflexión que también hace Abad Faciolince en el texto citado):

A ella la vida le pesa lo que pesa este país, sus genes arrastran con una raza de hidalgos e hijueputas que a punta de machete le abrieron camino a la vida, todavía lo siguen haciendo; con el machete comieron, trabajaron, se afeitaron, mataron y arreglaron las diferencias con sus mujeres. Hoy el machete es un trabuco, una nueve milímetros, un changón. Cambió el arma pero no su uso. El cuento también cambió, se puso pavoroso, y del orgullo pasamos a la vergüenza, sin entender qué, cómo y cuándo pasó todo. No sabemos lo larga que es nuestra historia pero sentimos su peso (p. 32).

Igualmente transgresora es la novela “La virgen de los sicarios” de Fernando Vallejo pues el relato es protagonizado por un sicario que sostiene una relación homosexual con un hombre mayor que funciona aquí como narrador testigo. La narración está atravesada continuamente por las sensaciones, afectos e impresiones del narrador que nos revela más bien sus sentires que las acciones mismas del asesino. El relato es una crítica ácida a una cultura idólatra del di-

nero, ordinaria, ignorante, mezquina e hipócrita en la que la religión funge como excusa para el mal. En este sentido el texto de Vallejo da cuenta de las causas de la violencia pero no desde lo político o lo social sino desde lo cultural. El autor siente un desprecio profundo por la gente en general y por la condición del antioqueño en particular:

Mis conciudadanos padecen de una vileza congénita, crónica. Ésta es una raza ventajosa, envidiosa, rencorosa, embustera, traicionera, ladrona: la peste humana en su más extrema ruindad. ¿La solución para acabar con la juventud delincuente? Exterminen la niñez.

Y que no me vengan los alcahuetas que nunca faltan con que mataron al inocente por poner música fuerte. Aquí nadie es inocente, cerdos. Lo matamos por chichipato, por bazofia, por basura, por existir. Porque contaminaba el aire y el agua del río. Ah, “chichipato” quiere decir en las comunas delincuente de poca monta, raticas, eso. (Vallejo, 1994, p.16)

La evidente misantropía del autor va acompañada de una aprobación explícita de los crímenes que comete el joven amante, no hay un juicio sobre el joven criminal sino que el narrador, prendado de ese cuerpo joven, lamenta más la posibilidad de su pérdida que los homicidios y crímenes que pueda cometer su amante, crímenes cometidos por razones nimias y que reflejan más bien lo que el mismo narrador haría si tuviera la suficiente temeridad y así, el asesino, con el pasar de las acciones se convierte en “ángel vengador” en una campaña de limpieza social macabra contra personas cuyo crimen es, en más de una ocasión, atentar contra el “buen gusto” del narrador, un homosexual viejo, caprichoso, rencoroso y resentido con todo y con todos.

La novela entonces se ocupa de los afectos homosexuales del narrador en un clima de violencia febril más allá de toda lógica y en medio de ese baño de sangre condimentado con la irreverencia morbosa del narrador, surgen reflexiones muy agudas en torno a las actitudes de las personas frente a la violencia. Así se constata que es más la indignación mediática que la verdadera conciencia ciudadana. Las personas conviven con la muerte en una ciudad en la que la violencia es cotidiana y es más tema de conversación que de preocupación. Por ejemplo, el relato señala la capacidad de indiferencia y olvido de la sociedad, la misma sociedad que se dice preocupada por la violencia:

La fugacidad de la vida humana a mí no me inquieta; me inquieta la fugacidad de la muerte: esta prisa que tienen aquí para olvidar. El muerto más importante lo borra el siguiente partido de fútbol. Así, de partido en partido se está liquidando la memoria de cierto candidato a la presidencia, liberal, muy importante, que hubo aquí y que tumbaron a bala de una tarima unos sicarios, al anochecer, bajo unas luces dramáticas y ante veinte mil copartidarios suyos en manifestación con banderas rojas. Ese día puso el país el grito en el cielo y se rasgaba las vestiduras. Y al día siguiente ¡goooo! (p. 24)

La obra de Vallejo entonces mira más a la condición humana del criminal que a las razones inmediatas del crimen y aquí la palabra no la tiene el sicario sino el adulto, el que puede expresar más allá del vocabulario de la agresión. Y Medellín obra, como en los demás relatos como ese telón de fondo que despierta sentimientos encontrados en los personajes. Así Vallejo dirá que:

Hombre vea, yo le digo, vivir en Medellín es ir uno rebotando por esta vida muerto. Yo no inventé esta realidad, es ella la que me está inventando a mí. Y así vamos por sus calles los muertos vivos hablando de robos, de atracos, de otros muertos, fantasmas a la deriva arrastrando nuestras precarias existencias, nuestras inútiles vidas, sumidos en el desastre. (p. 49)

Y luego dirá que:

La noche de alma negra, delincuente, tomaba posesión de Medellín, mi Medellín, capital del odio, corazón de los vastos reinos de Satanás. Algún carro desperdigado me alumbraba por un instante la calle, iluminando con sus faros hasta cuatro palmos el porvenir. (p. 52).

En ese mismo sentido Franco señala que:

Medellín está encerrada por dos brazos de montañas. Un abrazo topográfico que nos encierra a todos en un mismo espacio. Siempre se sueña con lo que hay detrás de las montañas aunque nos cueste desarraigarnos de este hueco; es una relación de amor y odio, con sentimientos más por una mujer que por una ciudad.

Medellín es como esas matronas de antaño, llena de hijos, rezandera, piadosa y posesiva, pero también es madre seductora, puta, exuberante y fulgorosa. El que se va vuelve, el que reniega se re-

tracta, el que la insulta se disculpa y el que la agrede las paga. Algo muy extraño nos sucede con ella, porque a pesar del miedo que nos mete, de las ganas de largarnos que todos alguna vez hemos tenido, a pesar de haberla matado muchas veces, Medellín siempre termina ganando. (p.113).

Y así, Goodbody (2008, p.443),refiriéndose a la obra de Franco, afirma que “los narradores expresan el conflicto central en ambas obras: el deseo de separarse o alejarse de la ciudad violenta y el sentirse a la vez fascinado por la misma” y Margarita Jácome (2006, p. 110) dice que “Rosario-ciudad es violenta pero ama, es dulce pero mata, es puente entre las comunas nororientales de Medellín y la ciudad de abajo pero colapsa en el intento.”

CONCLUSIONES

La literatura colombiana se ocupa, a partir de 1990 del fenómeno del sicariato, primero con unos textos testimoniales contruidos a partir de los relatos recogidos en los barrios y, luego, a través de producciones literarias más maduras que intentarán penetrar en aspectos más profundos del fenómeno lanzando su mirada no a las circunstancias coyunturales sino a la condición humana que se pone en juego en el relato.

Los relatos que componen la así llamada “literatura sicaresca” tienen como escenario la ciudad de Medellín y aunque las referencias topográficas son, las más de las veces, imprecisas; resultan claras para la persona familiarizada con la geografía de la violencia de la ciudad. Es notoria la condición marginal y conflictiva de los barrios populares y la separación radical con el resto de la urbe que no por eso resulta menos problemática pero en todos los relatos queda la sensación de que la violencia irradia desde la periferia hacia el centro y que este centro se convierte en víctima de la periferia.

Es evidente que Medellín tiene comprometido el proyecto de ciudad y la literatura puede jugar un papel decisivo en la reconstrucción del tejido en la medida que puede permitir la reconstrucción y conservación de la memoria colectiva y la expresión de los sentires individuales en una sociedad que tradicionalmente no le da la palabra a la gente del común. Como señala Castrillón:

El discurso sobre la paz que se necesita, es un acontecimiento que representa, en el compromiso ciudadano por la legalidad y la convivencia, la paz cotidiana, una paz que surge, que necesita acciones desde todos y todas. Por ello, las expresiones artísticas, las manifestaciones estéticas, literarias y lúdicas fundamentadas en un proceso formativo integral, multicultural para solucionar los problemas son un buen punto de partida.(2011, p. 29).

La literatura cumple en estos relatos con una función social, por lo menos en los primeros escritos asociados al género pero en las novelas más maduras la función es claramente estética pues narradores como Franco y Vallejo subsumen la temática del sicariato a asuntos más cercanos al afecto, a la subjetividad, al carácter de los personajes y a los asuntos propiamente humanos

REFERENCIAS

- Abad Faciolince, H. (2007). *El olvido que seremos* (13 ed.). Bogotá: Planeta.
- _____ (2008). Estética y narcotráfico. *Revista de estudios hispánicos*(42), 513-518.
- Blair, E.;Grisales Hernández, M. &. Muñoz Guzmán, A.M.(2009). Conflictividades urbanas vs. «guerra» urbana: otra “clave” para leer el conflicto en Medellín. *Universitas humanística*, (67), 29-54.
- Castrillón López, L. A. (Edit.). (2011). *Ciudadanos: cultura, sociedad y política*. Medellín: UPB.
- Franco, J. (2003). *Rosario Tijeras*. Bogotá: El tiempo.
- García Márquez, G. (1996) *Noticia de un secuestro*. Barcelona: RBA.
- Gaviria, V. (1991). *El pelaito que no duró nada*. Bogotá: Planeta.
- Goodbody, N. (2008). La emergencia de Medellín: la complejidad, la violencia y la *différance* en Rosario Tijeras y La Virgen de los sicarios. *Revista Iberoamericana*, (74), 441-454.
- Guerra, M. d. R & Plata, J.J. (2005). Estado de la investigación sobre conflicto, posconflicto, reconciliación y papel de la sociedad civil en Colombia. *Revista de Estudios Sociales*, (21), 81-92.
- Jácome, M. (2006). *La novela sicaresca: exploraciones ficcionales de la criminalidad juvenil del narcotráfico*. Tesis Doctoral, The University of Iowa, <http://etd.lib.uiowa.edu/2006/mlievano.pdf>

- Salazar, A. (1990). *No nacimos pa'semilla*. Medellín: Cinep, Corporación Región.
- Téllez, H. (1950). Espuma y nada más. En C. Zuluaga (Editor). (1995). *Cuentos colombianos: antología* (págs. 33-42). Santa Fe de Bogotá: Santillana.
- Torres, A. (2009) Tradición y trasgresión en Rosario Tijeras. *Espéculo: revista de estudios literarios*.(41). Disponible en <http://www.ucm.es/info/especulo/numero41/rtijeras.html>
- Vallejo, F. (1994). *La virgen de los sicarios*. Bogotá: Alfaguara.